

cuchaban en las riberas del río los dulces preludios de un arpa, y luego una voz, mas dulce todavía, cantaba tristes y amorosas endechas, cuyos vagos ecos se iban perdiendo lentamente en la extensión del espacio.

Quien haya oído en una noche serena y apacible el misterioso trino del ruiseñor en los dilatados bosques de la Alhambra ó en los jardines del galán Generalife; quien haya escuchado el primer suspiro que exhala el pecho de una virgen enamorada; quien tenga arraigado en su alma el sentimiento de lo bello y encuentre la poesía y el encanto en el murmurar del arroyuelo, en el azul ligero y diáfano de la bóveda celeste, en el gemido del áura cuando acaricia la corola de las flores, comprenderá el efecto que causaría en el alma de Estrella el acento de un arpa, al mediar la noche, en las márgenes floridas del hermoso Darro.

A medida que menudeaban los billetes y las trovas, Estrella iba palideciendo y perdiendo su alegría. En vano D. Castriz le regalaba las mejores joyas y trajes del Zacatin y la Alcaicería. En vano se esforzaba en hacerle recobrar su contento trayéndole con profusión las mejores flores de Granada, no ignorando que son hermanas la mujer y la flor, cuando la primera es sencilla y hermosa como la segunda. Todo era inútil. El viejo D. Castriz, que idolatraba hasta el delirio á su hija, no podía adivinar la causa de tal tristeza, y como padre celoso y apasionado, él mismo resolvió convertirse en un prudente Argos para saber lo que su hija se negaba á revelar.

### III.

Por aquel entonces, uno de los caballeros mas ricos y apuestos de Granada pidió á D. Castriz la mano de su querida Estrella. El noble anciano, creyendo equivocadamente que éste seria el único remedio para consolar la pena de su hija, no dudó en concedérsela, mayormente cuando aquel caballero le igualaba en nobleza y en fortuna.

Participó á Estrella la noticia, y la hermosa joven, en vez de demostrar la alegría que esperaba su padre, no contestó mas que con sollozos y gemidos, como si creyese ver en el traje de boda el sudario que sirviese para amortajarla. Enfurecióse D. Castriz por la primera vez, pues también era la primera que Estrella se oponía á su voluntad; pero volviendo á su rostro la dulzura, con las palabras sentidas de un padre y al mismo tiempo con la sagacidad y la astucia del que conoce el corazón humano, celebró la hermosura del caballero, pintó las delicias de la vida conyugal cuando el amor forma el verdadero vínculo de dos almas, y declaró á Estrella que muy en breve seria la esposa del noble que habia solicitado su mano. Estrella no pudo resistir á la violencia que se ejercía sobre su

corazón, perdió el conocimiento y cayó desmayada en los brazos de su padre.

Oculto de nuevo para D. Castriz el hilo de la causa que se proponía averiguar, volvió con mas ahínco á su propósito y de día y de noche vigilaba con el mas solícito cuidado la habitación de su hija. Pero desconcertado siempre por no ver nada que excitase su atención, se resignó á que el tiempo le aclarara lo que para su razón se presentaba tan oscuro. Estrella, entre tanto, seguía recibiendo perfumados billetes. Aquellos billetes eran como la luz que fascina y luego quema á la ligera mariposa que juguetea en rededor de su llama.

### IV.

Era una de las primeras noches del mes de Junio. Magestuosa la luna brillaba en su trono de estrellas, riellando en la cristalinas aguas del poético río y enviaba un casto beso á la ciudad querida de Alhama, llamada con razón la perla de Andalucía. Granada quedó entregada al reposo, y en medio de aquel silencio sepulcral que reinaba por todas partes, sólo se escuchaba la voz de la naturaleza en el blando murmurio de las aguas, en el ténue y apacible suspiro de los céfiros y en los melancólicos gorgoros de los ruiseñores que anidan en los cármenes que se estienden como un ancho festón á los piés de la Sultana Alhambra.

De pronto, el dulce preludio de un arpa voló en alas del viento á la habitación de Estrella, y casi en el momento se abrió un balcon del palacio, apareciendo la hermosa joven vestida con un riquísimo traje de seda, pareciendo á los ojos del gentil mancebo, mas que un sér humano, un ángel que apenas tocaba el suelo con sus niveas y celestiales alas.

Ni una palabra, ni una señal se cruzó entre ambos. Estrella arrojó una cuerda delgada, á cuyo extremo ató el trovador una escala; y un instante después, cuando el extremo de la escala quedó fijo en los hierros del balcon, el apuesto amante subió con la rapidez del relámpago, y ébrio de alegría por hallarse en el eden que tanto habia soñado, se arrojó en los brazos de Estrella, estrechándola apasionadamente contra su pecho y estampando un beso del amor mas puro en la blanca frente de la candorosa doncella.

El amor es ciego: oscurecida la mente por la irreflexion de las pasiones, se precipita muchas veces en insondables abismos, porque su vista todo lo engalana y engrandece, y todo lo ve cubierto de blancas y fragantes rosas, que ocultan, bajo un manto de follaje, erizados y punzantes abrojos. Ni Estrella ni el trovador pudieron prever la fatalidad que acompaña siempre á estas empresas. El amor que sentían hasta entonces necesitaba otra expansión, otro medio para comunicarse, no el

